ELISA MENZ

GUÍA PARA ESCAPAR DEL INFIERNO



Áurea Ediciones

© Guía para escapar del infierno
Sello: Nenúfares
Primera edición: Mayo 2024
© Elisa Menz
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Angelie Orbeta
Corrección de textos: Felipe Reyes
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-81-5
Registro de Propiedad Intelectual: 2024-A-197



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Capítulo 1
Alianzas sangrientas



Dagon Gunthersson, capitán de las fuerzas demoníacas del Tercer Anillo, conquistador de las Llanuras de los Ghouls, hijo de Gunther La Pesadilla y heredero de las Profundidades Resplandecientes, estaba de rodillas. Su respiración entrecortada resonó sobre el clamor infernal de la batalla que concluía, mientras asimilaba con horror la masacre.

Su comandante había enviado sus tropas a enfrentar una invasión a Erehwon, la tierra de nadie. Las tierras yermas al borde del Infierno donde se habían librado mil batallas años atrás, cuando las fuerzas del Cielo invadieron su reino.

Durante siglos, nadie había invadido, no desde que se sellaron los pasajes entre el reino del Infierno y la Tierra. Ningún ángel o ser humano había puesto un pie en ese territorio desde la antigüedad.

Según los vagos informes que Dagon recibió, exploradores humanos habían cruzado la frontera y se dirigían hacia la capital del Infierno. Nunca había luchado contra humanos en su vida, pero las historias de antaño los retrataban como criaturas débiles e inútiles. Por eso Dagon no podía entender la razón detrás de esta matanza.

De los doscientos demonios guerreros de élite que lo acompañaban, ninguno quedaba con vida.

Se irguió tambaleante y su cuerpo herido amenazó con colapsar en cualquier momento. A escasos centímetros de la punta de sus botas, un par de ojos negros como la noche miraban sin vida el cielo gris.

Carrion estaba muerto. Su segundo al mando, su mano derecha. Su amigo. Después del extenuante enfrentamiento contra un enemigo poderoso y desconocido, cayó ante su espada. Su cabeza cercenada yacía en el suelo árido de Erehwon.

Dagon levantó la mirada, nublada por la sangre que manaba de un profundo corte bajo su cuerno derecho. Sintió que sus enemigos se acercaban a él y, por primera vez, los vio sin sus mantos de ilusión. La luz del sol que se filtraba a través del humo, proyectaba formas fantasmales en sus armaduras melladas, y la misma sangre que goteaba de sus espadas teñía sus rostros y alas.

Dagon soltó una risa ahogada, cargada de desprecio. Cenizas oscuras revolotearon en la brisa mientras que, en el campo de batalla cubierto por los cadáveres mutilados de sus camaradas, cayó un silencio espeluznante.

Ningún humano podría hacer esto.

Después de siglos de paz, los ángeles habían encontrado el camino a través de la frontera oculta. Y tan solo doce de su inmunda raza fueron capaces de enviar a su glorioso batallón al olvido.

Extendiendo sus alas, los doce se acercaron y lo estudiaron con ojos fríos. Si lo odiaban tanto como él los odiaba a ellos, esas miradas vacías no mostraron señales.

Dagon tosió sangre, levantó la barbilla y dijo con sorna:

—¿Mamá no les enseñó a no jugar con la comida?

El dolor en su pecho ahogó su voz. Sangre brotó de sus heridas y cada respiración lo hizo estremecerse. Las costillas rotas no eran asunto para la risa. Aun así, se rehusó a rendirse ante el dolor o el miedo como un demonio insignificante. En cambio, escupió a sus pies y sonrió insolente.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? El rey Lucifer se deshizo de ustedes, escoria, mucho antes que naciera mi bisabuelo.

Los ángeles siempre habían sido parte de la historia del Infierno y los cuentos de los ancianos. Pero eso es todo lo que eran para Dagon: fantasmas de un pasado olvidado que habían arrasado el Infierno con su codicia y sed de sangre. Ver con sus propios ojos la carnicería de la que eran capaces lo dejó sin aliento.

El ángel que lideraba a los demás sonrió.

—Las cosas muertas no hacen preguntas. —Desaparecido todo rastro de emoción, levantó su espada y cortó a través del aire sucio.

Pero Dagon aún no se había rendido. Era de sangre noble, un señor entre los demonios. No caería ante canallas como ellos sin dar batalla.

Sacando fuerzas, bloqueó el golpe y embistió al ángel para desestabilizarlo y dispersar a los demás. Con ataques precisos y potentes, Dagon arremetió enardecido contra su rival.

No detuvo su asalto ni por un momento, y el ángel, agobiado por las incesantes estocadas y sin espacio para contraatacar, perdió terreno. Los dedos de Dagon estaban entumecidos por el esfuerzo, pero la ira le dio fuerzas. Había sido engañado. No había forma en el Infierno de que estos ángeles hubieran cruzado la frontera y llegado tan lejos sin ser detectados. Alguien lo había traicionado, y lo menos que podía hacer para vengar a sus soldados caídos

era eliminar a uno de esos miserables monstruos.

Con una fuerte patada en el estómago, Dagon derribó al ángel. La máscara de indiferencia del guerrero dorado se hizo añicos, revelando su alarma. Empapado en sudor, mechones de cabello rubio se pegaron a su frente y su respiración se aceleró. Si el ángel esperaba una presa fácil, con gusto le probaría lo contrario.

Agobiado por el cansancio y el dolor abrasador, Dagon se tambaleó y su espada casi resbaló entre sus dedos. Agotado, miró al ángel y le dedicó una mueca maníaca.

—Matas a mi gente y esperas irte sin un rasguño. —Su mandíbula se tensó y sus músculos impacientes presionaron contra la maltrecha armadura cuando Dagon se preparó para asestar el golpe final.

Sin embargo, los demás no estaban dispuestos a esperar a que matara a uno de los suyos. Dagon sintió que los ángeles cerraban filas alrededor de él, once contra uno. «¡Malditos cobardes!» No caería antes de reclamar su venganza.

Concentrando su energía, Dagon invocó un látigo llameante de una brasa que ardía cerca y azotó a los ángeles, golpeando sus rostros y cuerpos. Ignorando sus gritos de dolor, Dagon cargó hacia adelante y apuñaló el pecho del ángel vencido.

Su oponente se paralizó y sus brillantes ojos azules se abrieron con incredulidad al mismo tiempo que un jadeo desesperado brotó de sus labios. Dagon empujó la hoja y la retorció con un giro firme de sus muñecas. El repugnante sonido de la carne desgarrada alimentó la ira que corría por sus venas.

El cuerpo roto del ángel se desplomó, y Dagon sacudió la cabeza para deshacerse del letargo que atenuaba sus reflejos. Aturdido, su mirada buscó el horizonte, lejos de los

cadáveres en el campo y los ojos vacíos de Carrion. La corteza astillada de los árboles raquíticos y las volutas de humo ocultando la inmensidad de Erehwon fueron lo único que vio. Se inclinó hacia un lado y cerró los ojos, exhausto.

Los otros atacaron una vez más.

Una vida de batallas, muerte y la interminable búsqueda de gloria estaba a punto de extinguirse y, sin embargo, Dagon no sintió nada más que alivio. En sus últimos momentos pensó en su padre, en lo decepcionado que estaría con su fracaso. «Al menos no tendré que oírlo de tu boca, padre». Sus pensamientos se calmaron cuando sintió el viento agitarse detrás de él, y el canto metálico de las hojas resonó en el silencio. Dagon respiró hondo y levantó los brazos a los costados, dejando caer su espada.

Una mano espectral se aferró a su pecho y Dagon soltó un alarido, aturdido por un dolor desgarrador. Sobresaltados por su inesperada reacción, los ángeles vacilaron.

Los soldados veteranos de la guarnición de su familia contaban historias de este poder. Desesperado, Dagon tiró de su armadura para aliviar la presión, pero fue en vano. Era la primera vez que lo experimentaba, pero su emoción se desvaneció cuando notó que no podía respirar.

—¡Padre! —gritó, temiendo perder el conocimiento.

Por el rabillo del ojo, Dagon captó un movimiento. Los ángeles se acercaron con cautela, pero antes que lo alcanzaran, un fuerte tirón lo levantó del suelo y lo arrastró por el aire. El viento golpeó sus oídos y su estómago se revolvió mientras dejaba atrás el campo de batalla. A pesar de su consternación, sabía exactamente hacia dónde se dirigía.

Después de largos y angustiosos minutos, su cuerpo se estrelló contra los duros adoquines. Sacudió la cabeza para liberarse del aturdimiento y la vista familiar de su hogar

apareció ante él. El patio de las Profundidades Resplandecientes, la fortaleza de su familia, gris y poco acogedor bajo la luz del crepúsculo. También notó que no estaba solo. Rodeándolo con lanzas amenazantes, los guardias de su padre lo inmovilizaron en el suelo. Entre ellos, la figura alta e intimidante del hombre que lo crio lo observaba con ira. Dagon se había acostumbrado a esa mirada que parecía estar grabada en el rostro de su padre desde el día de su nacimiento.

Por un momento interminable, ninguna otra emoción cruzó el rostro de Gunther. Solo las sombras oscuras bajo sus ojos hundidos y el movimiento rítmico de su pecho tomando respiraciones largas y laboriosas, evidenciaron cuánta energía había gastado al invocarlo.

—Dagon —murmuró.

—Padre… —Dagon luchó por ponerse de pie, pero fue detenido por dos guardias—. Yo… no esperaba que me rescataras. ¿Cómo…?

—¡Cierra la boca! ¡Te convoqué aquí para que respondas por tus crímenes!

Dagon frunció el ceño.

—¿De qué crímenes... estás hablando?

Tambaleante, Gunther se acercó hacia él, pero su mirada iracunda no vaciló. Nunca había usado su habilidad de invocación para salvar a Dagon del peligro. Era una magia poderosa, agotadora y arriesgada, por lo que algo más debía haberlo obligado a gastar tanta energía.

—No estoy de humor para tus juegos, mocoso. Has avergonzado el honorable nombre de esta familia por última vez. ¡Eres una desgracia! ¡Abandonar a tus soldados y dejarlos morir a manos de humanos inmundos es la máxima vergüenza!

No tenía sentido, pero no había duda de que Gunther creía en lo que decía. Las venas de sus sienes palpitaban y sus brillantes ojos rojos, tan parecidos a los suyos, ardían de rabia.

—Padre... yo no…

Gunther lo silenció con un certero puñetazo. Dagon escupió sangre sobre las piedras, herido, pero sobre todo irritado. Era tan propio de su padre nunca escuchar una palabra de lo que decía.

—¡Yo no abandoné a mis soldados! —Los delitos de los que se le acusaba eran mentira, pero cuando trató de acercarse, los guardias lo sujetaron. Sin energía para quitárselos de encima, Dagon no pudo hacer nada más que gritarle a Gunther—. Recibimos información insuficiente. ¡Se suponía que debíamos luchar contra exorcistas humanos, no ángeles!

Su padre rio sin humor.

—Miente todo lo que quieras, muchacho. Ya escuché la verdad de tu comandante.

—¿Qué?

¿Cómo era eso posible? La batalla ni siquiera había terminado cuando su padre lo invocó. El comandante Ghalore no pudo haber llegado al campo de batalla y evaluarlo antes de reunirse con él.

El demonio en cuestión eligió ese preciso momento para hacer su aparición. De entre las sombras, emergió con pasos cortos y una expresión doliente.

A diferencia de Dagon, el comandante Caius Ghalore tenía el porte de un señor demonio de alcurnia. Su cuerpo larguirucho se elevaba por encima de sus guardias, pero aun así no lograba ser imponente. Una túnica larga y elegante cubría cada centímetro de su pálida piel, y una gruesa capa